

eqbal ahmad

la política exterior
norteamericana en la
década de los setentas:
panorama general

Introducción

Ningún análisis de la actual política exterior de los Estados Unidos puede tener sentido, a menos que se la examine en el contexto más amplio de la estrategia global de Nixon y Kissinger.

Esto es más cierto con respecto a este gobierno que en relación, por ejemplo, a las administraciones de Johnson o Kennedy, por lo menos por dos razones: en primer término, la política exterior de Nixon y Kissinger representa la redefinición más sistemática y coherente de los fines y medios de los Estados Unidos desde Roosevelt y Truman. Como tal, es probable que continúe conformando la posición militar y diplomática de Wáshington durante gobiernos posteriores, y por lo tanto merece ser discutida y comprendida. En segundo lugar, puesto que durante el régimen de Nixon la planeación estratégica fue llevada a cabo por un reducido núcleo de personas, y en gran medida se basó en el concepto de Kissinger de las "vinculaciones", es fundamental entender sus dimensiones generales para poder aislar la especificidad de la política exterior de los Estados Unidos durante la década que se inició en 1970.

La literatura existente no ayuda a esa comprensión. Ningún escritor progresista ha analizado hasta ahora la obra escrita y la carrera de asesor del doctor Kissinger. Pocos han examinado críticamente la conducción de la guerra y la diplomacia de la

administración de Nixon, y esos pocos se han limitado a discutir la guerra de Indochina. Menos aún se ha investigado la planeación estratégica reciente del Departamento de Defensa, o el renovado interés de los Estados Unidos en la promoción y el refuerzo de regímenes fascistas y protofascistas.

Dos de los tres libros aparecidos hasta ahora son obra de amigos y admiradores de "Henry";¹ el tercero es un trabajo aparentemente crítico de un estudiante de Harvard visiblemente hechizado por el profesor Kissinger. Sus críticos más severos se han complacido en retratarlo como una parodia de Metternich y Bismarck, o se han concentrado en desmistificar su encanto personal.

La ausencia de toda investigación crítica sería ya ha tenido efectos. Ha ayudado a construir la mística de Kissinger como genio político y diplomático hacedor de milagros. Al igual que la acumulación de capital, esa mística adquiere su propio impulso y produce dividendos. Por ejemplo, la notable aparición de Kissinger como el principal mediador en el Medio Oriente puede atribuirse en parte a la reputación que había adquirido entre los árabes como quien había "deshecho los nudos" en la China y Vietnam. Del mismo modo, la falta de una comprensión crítica nos hace vulnerables al engaño y la manipulación, que constituyen parte integrante del repertorio diplomático de Kissinger.

Por encima de todo, la falta de investigación ha contribuido a la fácil aceptación de formulaciones equívocas que han empezado a sustituir al análisis y la comprensión (por ejemplo, se entiende que **détente** —distensión— implica un acuerdo de las "superpotencias" en contra de las naciones más débiles, y con frecuencia se describe a la Unión Soviética como un "socio más joven" de los Estados Unidos).

Con el único fin de iniciar la discusión, este trabajo esboza lo que en mi opinión constituyen los supuestos y objetivos más generales de la actual política exterior de los Estados Unidos.

I

La retórica del día, tal como aparecía en los discursos presidenciales y en las afirmaciones del doctor Kissinger, anunciaba el fin del "mundo bipolar de postguerra" y proclamaba el comienzo de un orden mundial pentagonal, así como un acuerdo de iguales —la URSS, China, Japón, Europa Occidental y los Estados Unidos—, presumiblemente con el objeto de asegurar un equilibrio de poderes estable y una generación de paz. La retó-

¹ Henry Brandon, *Retreat from power*; Stephen Graubard, *The political mind of Henry Kissinger*.

rica parecía creíble, porque era respaldada por eventos tan dramáticos como la visita de Nixon a la China, e imágenes de Nixon y Brezhnev brindando durante el bombardeo de saturación de Hanoi y Haiphong.

Sin embargo, en realidad Wáshington ha lanzado una nueva estrategia planeada únicamente para recuperar la posición de supremacía que disfrutara en la década de los cincuentas, y que parece estar perdiendo terreno en la actual.

Como tal, la doctrina de Nixon no representaba ni una redistribución del poder ni una retirada de las posiciones radicales del imperialismo. Sus objetivos eran restauradores, conservadores y agresivos.

El impulso fundamental de la política exterior norteamericana no ha variado. Con una persistencia rayando en la obsesión, Nixon definió como el principal objetivo de los Estados Unidos el seguir siendo el "número uno", la mayor de las superpotencias, la garantía del orden global, el guardián del capitalismo mundial. Las decisiones tomadas por su gobierno, tanto en la planeación militar como en la conducción de la política exterior, confirmaban esa preocupación.

Pero si bien los objetivos políticos siguen siendo los mismos, la crisis del poder norteamericano y los desafíos que su supremacía debió enfrentar en la década de los sesentas impusieron un reordenamiento de la táctica y la estrategia. Los comienzos de la nueva orientación ya eran discernibles en los últimos dos años de la administración de Johnson. Sin embargo, sus manifestaciones más dramáticas ocurrieron durante la presidencia de Richard Nixon. Su articulación llevaba el sello inconfundible de las preferencias estratégicas y tácticas del doctor Kissinger.

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, el surgimiento y la aceptación de los Estados Unidos como poder supremo se predicaban sobre la base de cinco factores:

a) **La abrumadora superioridad de los Estados Unidos en armamento estratégico.** Aunado al alcance de su despliegue, el arsenal estratégico de los Estados Unidos aseguraba su posición como protector de sus aliados, dominador de las líneas de comunicación y las rutas comerciales internacionales, y guardián de las fuentes de materias primas;

b) **La debilidad de los países de Europa Occidental y el Japón como centros de poder.** Devastados por la guerra, disminuidos por la pérdida de colonias y preocupados por las tareas de reconstrucción, esos países no sólo habían perdido su anterior posición como centros de poder mundial, sino que habían llegado a depender de los Estados Unidos, tanto para su seguridad como para su recuperación económica. Esa subordinación de poten-

cias, antes imperiales, daba a los Estados Unidos una legitimidad efectiva y simbólica como poder supremo del mundo;

c) Sus exitosas intervenciones contra reales o imaginarias revoluciones sociales en el Tercer Mundo —de Grecia a Guatemala, de Corea al Líbano— confirmaban su papel de guardián del “mundo libre”, protector de la ley y el orden internacionales, tan necesarias para los buenos negocios y el progreso del comercio;

d) Lejos de ser una expresión apocalíptica de energía agresiva (fenómeno conocido en la historia), dichas manifestaciones de poder tenían raíces en la dominación mundial del capitalismo norteamericano, y eran respaldadas por él. Durante dos décadas, el dólar presidió el mercado monetario internacional. El capital norteamericano controlaba casi por completo los conglomerados internacionales;

e) Dentro del país, las políticas de los gobiernos de Truman, Eisenhower y Kennedy tuvieron el respaldo y la confianza de ambos partidos en la legislatura y en los medios de comunicación masivos, las universidades y las iglesias, de los obreros y de los industriales; el apoyo popular a la guerra fría estaba asegurado por un **consensus** nacional generalizado.

Por más de veinte años el pueblo norteamericano, guiado por el miedo al comunismo, impulsado por una misión de salvar al mundo, intoxicado por la opulencia, estuvo unido detrás de su gobierno. Su apoyo y solidaridad aseguraron a la política exterior de los Estados Unidos una continuidad y una fuerza pocas veces conocidas por las democracias parlamentarias.

En el final de la década de los sesentas tuvo lugar una alteración fundamental de las condiciones que habían definido la posición de los Estados Unidos como superpotencia: debido al rápido progreso de su tecnología aero-espacial y balística, la Unión Soviética estaba cerca de alcanzar la paridad en cuanto a sistemas de armas estratégicas. La “bipolaridad” no era una realidad, ni siquiera según los estrictos cánones del doctor Kissinger, quien en la década de los cincuentas había sostenido que era un fraude.

También había empezado el proceso hacia la eliminación de las bases que aseguraban el impresionante alcance a la capacidad de ataque de los Estados Unidos: el Japón y Europa Occidental habían surgido como unidades económicas rivales dentro del bloque capitalista. Ese hecho se reflejaba (aunque simbólicamente) en sus relaciones con los Estados Unidos (por ejemplo, las decisiones francesas de procurarse un arsenal nuclear independiente y de terminar con la presencia militar norteamericana; así como la insistencia japonesa por renegociar la situación de Okinawa).

Económicamente, la declinación de la posición de los Estados Unidos repercutió en el debilitamiento del dólar y la correspondiente revaluación del yen, el marco y el franco. Además, la guerra de Vietnam puso en tela de juicio la eficacia del poder norteamericano y la doctrina de las guerras limitadas, con base en la cual, durante dos décadas, se habían practicado intervenciones contrarrevolucionarias (efectuadas desde 1947 a un promedio de una cada dieciocho meses). Finalmente, en el crisol de Vietnam se había roto el consenso sobre la guerra fría.

Serían necesarios nuevos mitos y nuevas realidades para vender el viejo imperialismo al electorado norteamericano.

La estrategia diplomática y militar de la administración de Nixon procuraba superar las debilidades consiguientes. Su objetivo era la restauración del decreciente poder norteamericano, no la transformación de sus relaciones internacionales. Era una estrategia de difícil cumplimiento y en último análisis peligrosa, porque buscaba superar las realidades del poder, disminuido mediante la prestidigitación diplomática y las demostraciones de fuerza. Dado el compromiso de seguir siendo el número uno, la tarea que se le presentó a Wáshington era portentosa, pues el desafío debía ser enfrentado simultáneamente en varios frentes, en poco tiempo y con recursos menores.

II

Para comprender la política resultante, es imprescindible indagar en los presupuestos de sus autores. En este caso tenemos suerte, porque el arquitecto de la estrategia de la administración de Nixon ha escrito mucho y con desusada persistencia desde 1954.

Tres espectros han perseguido por mucho tiempo a Henry Kissinger en sus intentos de búsqueda de un sistema internacional estable bajo la hegemonía norteamericana: la URSS, los movimientos de liberación nacional y la posible pérdida de un consenso interno sobre una política exterior radical.

El tiempo ha disminuido poco sus aprehensiones referentes a la Unión Soviética, aunque las de los movimientos de liberación se han acentuado y el espectro del consenso deshecho se ha materializado. A esta lista se ha agregado un cuarto problema potencial: la ambición europea y japonesa de ser centros independientes de poder, no sólo regional, sino global. El objetivo de la política de Kissinger es enfrentar esos cuatro desafíos de tal forma que aseguren la continuidad de la supremacía del poder norteamericano.

Epítetos como "socio más joven" o "acuerdo de superpotencias" no expresan con exactitud el carácter y el alcance de la

détente y sus complejos motivos. La creencia profundamente arraigada de que la URSS es un rival ambicioso y el único potencial retador de la supremacía global norteamericana sigue dictando la diplomacia y la planeación estratégica de los Estados Unidos.

Los factores geopolíticos —tan determinantes en la tradición de la **realpolitik** suscrita por Kissinger— pesan otro tanto. Sólo la Unión Soviética, entre las grandes potencias, posee la combinación de masa territorial y costas (que se extienden desde Asia hasta Europa), la tasa demográfica, los recursos y la tecnología capaces de competir con los Estados Unidos.

Comparada con la de la década de los cincuentas, sin embargo, la actual visión norteamericana sobre la URSS es más racional y juiciosa. En aquel momento hasta Kissinger la consideraba como una amenaza no sólo en términos geopolíticos, sino también en términos ideológicos. Estimaba a la Unión Soviética y a la China por igual como “potencias revolucionarias” que “no aceptan el marco del orden internacional, o la estructura interna de otros estados, o ambas cosas”. En la actualidad, considera a ambas como fuerzas potencialmente favorables al **statu quo**; es decir, como potencias que pueden ser inducidas a respetar el “marco del orden internacional” para dejar el control del “desorden” a los Estados Unidos y sus clientes.

De ahí que la mejor descripción de la política norteamericana hacia la Unión Soviética sea la de colaboración antagónica. En ella se combinan elementos de cooptación y premios selectivos en algunas áreas, con elementos de enfrentamiento y contención en otras, buscando agudizar el conflicto sino-soviético donde le sea posible.

Los incentivos para el incremento de la participación soviética en el “orden” internacional incluyen mejores relaciones económicas con los Estados Unidos, acuerdos de armamentos limitados, el abandono de la retórica de **roll-back** de la era de Dulles y su corolario, el reconocimiento de la esfera de influencia soviética en Europa Oriental, así como la tolerancia hacia la creciente influencia rusa en zonas de interés estratégico despreciable para los Estados Unidos. Pero cuando se trata de cuestiones de importancia estratégica —como por ejemplo en las regiones de las costas del Mediterráneo y el Océano Índico—, la política norteamericana hacia la Unión Soviética es de enfrentamiento y contención.

La política del ofrecimiento de incentivos mediante la cooptación y los premios selectivos para que la Unión Soviética actúe en forma conservadora, tiene gran importancia pública. Mucho menos conocidos, y comprendidos, son los actos más agresivos tendientes a la contención y el enfrentamiento. El impulso de la

planeación nuclear norteamericana que anunciaba un importante desvío del concepto de disuasión a la creación de una fuerza de primer ataque, correspondía a esta última categoría; lo mismo que la expansión y modernización intensiva del poder marítimo norteamericano que se contempla, y la planeación y el desarrollo de un sistema de armas que lleve hacia el despliegue efectivo de armas nucleares tácticas, así como los despliegues de fuerza específicos —el provocativo movimiento de la Sexta Flota durante la guerra civil de Jordania en 1971, el envío de barcos de guerra encabezados por el portaaviones *Enterprise* al golfo de Bengala durante la guerra indo-paquistana de diciembre de 1971, el bloqueo y bombardeo de saturación de Hanoi y Haiphong inmediatamente antes de la visita de Nixon a Moscú y la orden de alerta general durante la guerra árabe-israelí de octubre de 1973:

Por supuesto, no todos los procesos mencionados se relacionan **exclusivamente** con la política de los Estados Unidos hacia la Unión Soviética. Las armas nucleares tácticas (**tac-nukes**) y la Armada, por ejemplo, están pensadas también para funcionar como instrumentos de coerción y contrainsurgencia en el Tercer Mundo. Del mismo modo, las demostraciones de fuerza —en particular en el Medio Oriente, el sur de Asia y Vietnam— tenían la intención general de afirmar la supremacía de los Estados Unidos como el supergrande, así como para cumplir con el objetivo específico de demostrar las limitaciones del poder y la habilidad soviéticos.²

Cabe destacar el hecho de que esos despliegues de fuerza rara vez tuvieron alguna importancia militar; su relación con el verdadero desafío era escasa o inexistente. Como tales, esos despliegues eran lo que Kissinger había defendido desde 1954. En otras palabras, expresaban la "capacidad y disposición para hacer sentir nuestro poder de manera rápida y decisiva, no sólo para alejar la posibilidad de la agresión soviética, sino también para impresionar a los no alineados con nuestra capacidad de acción decisiva".³

Para comprender plenamente y poder predecir los paralelismos de la colaboración antagónica, es preciso recordar que Kissinger atribuye un gran valor al concepto de "vinculaciones". Éste define la visión de Wáshington de los vínculos entre enfrentamiento y colaboración, entre guerra y negociaciones y, por encima de todo, entre demostraciones de fuerza y retención del poder.

2 Henry Kissinger, "Defense of the Grey Areas", en *Foreign Affairs*, abril de 1955, p. 424.

3 Henry Kissinger, *Nuclear Weapons and Foreign Policy*, Nueva York, Harper & Row, 1957, p. 264. Ed. abreviada, Nueva York, The Norton Library, 1969, pp. 220-221.

Para Kissinger todas las crisis internacionales existen en un **continuum** único en cuanto su resolución es determinada, en último término, por el equilibrio de poderes entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. De ahí que la resolución de cada enfrentamiento en favor de los Estados Unidos dependa no tanto de los méritos individuales del caso (“Hemos hecho disparates en Vietnam”), sino en el equilibrio de poder general. Se espera que una demostración de fuerza y voluntad en un terreno, y de flexibilidad en otro, contribuya a lograr una resolución favorable en un tercero. He aquí la descripción de Kissinger, hecha en 1970, de la conexión entre la invasión de Camboya por los Estados Unidos y su objetivo en el Medio Oriente:

Estamos tratando de obtener un arreglo de manera que los regímenes moderados resulten fortalecidos, y los regímenes radicales no. Estamos tratando de expulsar la presencia militar soviética, **no tanto** los asesores, sino los pilotos de combate y el personal de combate, antes de que lleguen a establecerse firmemente. Por supuesto, es absurdo afirmar que hicimos lo que hicimos en Camboya para impresionar a los rusos en el Medio Oriente. Pero por cierto que debemos tener presente que **los rusos nos juzgarán por la determinación de nuestra actuación en todas partes, en general**. Lo que ellos están haciendo en el Medio Oriente, cualesquiera que sean sus intenciones, plantea las más graves amenazas a largo plazo para Europa Occidental y el Japón y, por lo tanto, para los Estados Unidos.⁴

Pocos meses después, luego del despliegue de fuerza en la guerra civil de Jordania, Kissinger dijo: “Creemos que la acción en Camboya... sí ayudó a la credibilidad de la acción (del presidente) en Jordania”.⁵

Mientras tanto, el presidente Nixon ya había revelado las “vinculaciones” y había puesto precio a las concesiones menores que los Estados Unidos estarían dispuestos a hacer en favor de la **détente**. En una conferencia de prensa, Nixon expresó su esperanza de que a cambio de los progresos en las negociaciones de **Salt I** la Unión Soviética cooperara en Vietnam y en el Medio Oriente:

Lo que quiero hacer es ocuparme de que tengamos conversaciones sobre armas estratégicas, de tal manera y en tal momento que, si es posible, provoquen progresos también en otros problemas de importancia —por ejemplo en el del Medio Oriente— y en otros problemas sobresalientes en los

4 **Background Briefing**, San Clemente, 26 de junio de 1970. Citado por Landau.

5 **Background Briefing**, Hartford, Connecticut, 12 de octubre de 1970.

que la actuación conjunta de los Estados Unidos y la Unión Soviética pueda servir a la causa de la paz.⁶

El hecho de que la administración de Nixon concediera una prioridad elevada al estímulo y la explotación del conflicto sino-soviético, pudo haber sido previsto por cualquier lector atento de las obras de Kissinger.

Desde el principio de su carrera de estudioso de las relaciones internacionales, Kissinger ha abogado persistentemente por esa política. En 1955, cuando argumentó por primera vez en favor de las “guerras limitadas” o “guerritas” —que comportaran, cuando fuera necesario, la amenaza y la utilización de armas nucleares tácticas—, sostuvo que esa estrategia contribuiría a “nuestra tarea principal de dividir a la URSS y la China”. Vale la pena recordar que en esa época había defendido la creación de “contingencias” militares y su vinculación con la diplomacia. La intención era no sólo “derrotar” a la China, sino “forzar una divergencia de opinión pública”.

Según un plan, los Estados Unidos deberían:

a) Haber estado dispuestos a utilizar armas nucleares limitadas contra los chinos durante la guerra de Corea;

b) Haber comunicado esa intención al enemigo;

c) Haber respaldado esa amenaza con “una propuesta política conciliadora a Pekín”, ofreciendo así a “la otra parte otra salida que la rendición total o la guerra total.”⁷

Kissinger preveía el siguiente desenlace:

...Habríamos enfrentado a la URSS al dilema de si arriesgarlo todo por aumentar el poder de la China; y si hubiéramos hecho seguir nuestra victoria por una propuesta política conciliadora a Pekín podríamos haberlos hecho considerar si la buena voluntad de los Estados Unidos no representaría una protección mejor que el respeto ciego de la línea soviética. Pero aun cuando hubiéramos fracasado en nuestra tarea principal de dividir a la URSS y la China, hubiéramos mejorado mucho nuestra posición con respecto a nuestros aliados y más aún con respecto a las naciones no comprometidas de Asia... Indochina nos dio una oportunidad semejante, aunque en circunstancias menos favorables, si bien el problema indochino difícilmente hubiera alcanzado sus dimensiones actuales si la China hubiera sufrido un revés decisivo en su primer choque militar con los Estados Unidos...⁸

6 *The New York Times*, 28 de enero de 1969.

7 Henry Kissinger, “Defense of the Grey Areas”, *op. cit.*, pp. 425-26.

8 *Ibidem*.

Kissinger elaboró este tema en su primer libro.⁹ Un signo de la persistencia de Kissinger es el hecho de que pese a las circunstancias, muy diferentes a las de 1972-73, haya seguido en Vietnam sólo una variación menor de ese plan.

Una vez que la división sino-soviética fue pública, Kissinger la consideró como una oportunidad. Su explotación por los Estados Unidos, sostuvo, dependía de la flexibilidad táctica, que a su vez requería una depreciación de la retórica anticomunista como principal factor legitimador de la política de la guerra fría. Se dice que lo impresionó el artículo de Nixon en *Foreign Affairs*,¹⁰ que indicaba un cambio de orientación pragmático en el anterior anticomunismo de la línea dura de Nixon y una correspondencia entre las opiniones de ambos.

Durante la campaña de 1968 las opiniones de Kissinger fueron hechas públicas por Nelson Rockefeller (a quien Kissinger servía de asesor), quien sostuvo que los Estados Unidos debían abandonar la política de "ayudar o estimular el autoaislamiento de un pueblo tan grande", y defendió una política de "contacto y comunicación" con la República Popular China, una política de creación de "un triángulo sutil con la China Comunista y la Unión Soviética (en el cual) ...podamos por último mejorar nuestras relaciones con ambas —a la vez que probar la voluntad de paz de ambas".¹¹

Los beneficios esperados del acercamiento a la China eran de tres clases: primero, que ayudara a agudizar el conflicto sino-soviético. Y éste no sólo reduciría y desviaría el poderío y las energías soviéticas, sino que además mejoraría la posición estratégica y de regateo de los Estados Unidos. En un informe de antecedentes, casi dos años antes del viaje de Nixon a la China, Kissinger explicaba:

El conflicto internacional más profundo del mundo actual no es entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, sino entre la Unión Soviética y la China Comunista. Por lo tanto, una de las perspectivas positivas de la situación presente es que cualesquiera sean las intenciones fundamentales de los dirigentes soviéticos, enfrentados a la perspectiva de una China de fuerza creciente y hostilidad invariable, pueden querer un periodo de *détente* en Occidente... porque no desean encontrarse en posición de tener que enfrentar crisis mayores a ambos lados de su enorme país por un periodo de tiempo indefinido.¹²

9 Cfr. *Nuclear Weapons and Foreign Policy*, op. cit., cap. vi.

10 "Asia after Vietnam", octubre de 1967.

11 Citado en Stephen R. Graubard, *Kissinger: Portrait of a Mind*, Nueva York, 1973, p. 250. (Negritas nuestras.)

12 San Clemente, 25 de junio de 1970. Citado por Landau.

La política de acentuar y utilizar el conflicto sino-soviético como medio para desviar y dispersar las fuerzas soviéticas, se reflejó también en la planeación y en algunos de los despliegues militares recientes. Por ejemplo, el corresponsal militar del **New York Times** (del 18 de marzo de 1974) registraba un “cambio casi inobservado en la política de los Estados Unidos”, que obligaba a los “rusos a prestar más atención al Pacífico”. El cambio era

...la decisión de la Marina norteamericana de apostar sus doce submarinos **Trident** con sus proyectiles nucleares de largo alcance en el Pacífico. Eso obligará al aumento de la flota soviética del Pacífico, hasta ahora la más débil de las cuatro flotas principales, y al fortalecimiento de las fuerzas aéreas de base terrestre.

El que este cambio haya ocurrido después del retiro de las tropas norteamericanas de Vietnam, y a continuación de la **détente**, tanto con China como con Rusia, fue prueba de su motivación política, no militar. Evidentemente, su único fin era la dispersión de la fuerza militar soviética, especialmente naval. Del mismo modo, es fácil imaginar la reacción china a la expansión de la presencia militar soviética en el Pacífico.

En segundo lugar, la normalización de las relaciones entre los Estados Unidos y la China, en forma muy similar a la **détente** con la Unión Soviética, tenía como objetivo promover “una generación de paz”, en la cual las grandes potencias dejaran en buena medida en manos de la superpotencia la responsabilidad de resolver —mediante una combinación de agresiones y negociaciones— las “guerras locales” del Tercer Mundo. La finalidad, según explicó el presidente Nixon en su segundo mensaje al Congreso sobre la situación mundial, era atraer a la China a una “relación constructiva con la comunidad mundial”, porque “el orden internacional no puede estar seguro si una de las potencias principales permanece en gran medida ajena a él y hostil a él.”¹³

Es conveniente señalar que la afirmación anterior —la cual implicaba que los Estados Unidos (única gran potencia aislada de China) representa la “comunidad mundial” y el “orden internacional”— era característica de la retórica de Nixon y Kissinger y expresaba el presupuesto de la supremacía norteamericana, al igual que la práctica reciente de describir la declaración anual de política exterior como el mensaje sobre la situación mundial del presidente.

Las fuerzas radicales y revolucionarias del Tercer Mundo amenazaban ese presupuesto. De ahí que un objetivo fundamental de

13 Richard Nixon. *U.S. Foreign Policy for 1970's: Building for Peace*. 25 de febrero de 1971, pp. 105-106.

los Estados Unidos en la **détente** era aislar a los movimientos revolucionarios del apoyo de las potencias revolucionarias.

El espectacular aumento de los bombardeos de Indochina (37 por ciento) inmediatamente antes del viaje de Nixon a la China, y del empleo de minas en Hanoi y Haiphong antes de su visita a la Unión Soviética, tuvieron escasa o ninguna lógica militar. Sus blancos eran psicológicos y políticos. El objetivo era establecer un vínculo entre la **détente** (reconocimiento de la legitimidad del poder revolucionario) y contrarrevolución (violenta negación de la misma a los movimientos revolucionarios). Lo que se intentaba era reafirmar el presupuesto de la supremacía y las premisas de la "guerra limitada", que concedía a la superpotencia el derecho a intervenir —con inhumanidad infinita— contra las revoluciones.

III

Las fuerzas de liberación del Tercer Mundo siguen siendo contempladas por Wáshington como la amenaza fundamental y menos controlables —y por lo tanto más seria— para la hegemonía norteamericana. Y con sobrada razón: todos los movimientos revolucionarios —y en ciertos aspectos los nacionalistas radicales— buscan derrocar el sistema de poder, producción y distribución existente. Cuando alcanzan la victoria, tienden a remplazar el antiguo orden por instituciones de poder nuevas, soberanas, populares, y modos socialistas de producción y distribución. En otras palabras, desde el principio cuestionan la legitimidad y amenazan la existencia de los tres elementos fundamentales e interrelacionados que sostienen y perpetúan la estructura del imperialismo: las empresas transnacionales, la burguesía indígena pro-occidental y pro-capitalista, y el aparato estatal de coerción y control (como el ejército y la burocracia) son atacados por ellos. El acceso al poder de un movimiento revolucionario resulta normalmente —como lo hizo en la China, en Vietnam del Norte y en Cuba— de la ruptura de los vínculos de dependencia, que definen la hegemonía de un Estado sobre otros muchos.

Eso inevitablemente termina con el acceso exclusivo y el control monopolista de los recursos de las naciones del Tercer Mundo por una potencia o un bloque de potencias. A medida que las reservas mundiales de materias primas disminuyen y se intensifica la competencia por ellas, el interés de los Estados Unidos por evitar tales procesos se ha visto enormemente aumentado. Su posición como gigante económico depende del mantenimiento de su acceso privilegiado a las fuentes de materias primas.

Además, el continuado dominio norteamericano de las existencias de materiales esenciales (tales como el petróleo, el cobre y la bauxita) es la principal fuerza de que dispone actualmente ese

país para mantener en línea a sus aliados, cada vez más dispuestos a autoafirmarse, porque la obtención de la paridad en armamento estratégico y las consecuencias psicológicas de la *détente* han reducido considerablemente la fuerza de su sombrilla de seguridad sobre Europa Occidental y el Japón.

Es natural, por lo tanto, que estrategias como el doctor Kissinger vean a los movimientos de liberación y demás fuerzas progresistas del Tercer Mundo con aprehensión, y busquen su aislamiento y destrucción.

Las exigencias del consenso interno y de las relaciones públicas globales exigían al doctor Kissinger y sus colegas formular la proposición en forma algo diferente, abstracta y ambigua.

Para Kissinger el objetivo fundamental de la política exterior era el conservar la “estabilidad” del “sistema internacional”. A ese objetivo se subordinaban todas las demás necesidades y aspiraciones de la humanidad. En opinión de Kissinger, la meta de la política no debe ser la paz, porque ésta perturba la estabilidad. Sólo se puede alcanzar como producto secundario del orden. “No hablaba irónicamente”, informa el amigo y biógrafo de Kissinger, “cuando abría su libro con la observación de que ‘las épocas que vistas retrospectivamente parecen más pacíficas, son las que menos buscaron la paz’ ”.¹⁴

Lo mismo se aplica a la justicia; del mismo modo que no tenía objeciones esenciales a la existencia de la paz, el doctor Kissinger no se oponía a las reformas destinadas a obtener progresos sociales y económicos. Pero al igual que la paz, la reforma debe ser “producto del orden y no de la voluntad”; debe “afirmar la universalidad de la ley contra la contingencia del poder”.

La estabilidad internacional depende, según Kissinger, de la existencia de una “legitimidad generalmente aceptada”, un consenso internacional “sobre los fines y medios políticos permisibles”. Para él, la existencia y la influencia de “poderes revolucionarios” era el principal obstáculo para la creación de un orden internacional estable y legítimo.¹⁵

Esa distinción entre poderes y estilos “legítimos” y “revolucionarios” como división fundamental en la política internacional ha estado en la base del marco analítico y las recomendaciones

14 Stephen Graubard, *Kissinger*, op. cit., p. 17. Graubard se refiere a *A World Restored. Europe after Napoleon: The Politics of Conservatism in a Revolutionary Age*. Nueva York, 1964, The Universal Library. En todas las obras de Kissinger se encuentran variaciones sobre este tema: “Siempre que la paz —entendida como la evitación de la guerra— ha sido el objetivo primordial de una potencia o un grupo de potencias, el sistema internacional ha quedado a merced del miembro más despiadado de la comunidad internacional. Siempre que el orden internacional ha reconocido que ciertos principios no pueden comprometerse, ni siquiera por la paz, la estabilidad basada en un equilibrio de fuerzas ha sido por lo menos concebible” (página 1).

15 *A World Restored*, op. cit., pp. 1-3.

políticas de Kissinger. Esa dualidad domina sus obras, reapareciendo con variaciones —estilos políticos contra estilos revolucionarios, el estadista contra el profeta, el ideólogo contra el pragmático, el visionario contra el realista— y sugiriendo con frecuencia cambios en su percepción sobre dónde radica la amenaza revolucionaria. En sus primeras obras, por ejemplo, generalmente asociaba el “poder revolucionario” con los dos principales estados socialistas (la URSS y la China), y consideraba a los movimientos revolucionarios como extensiones de los Estados revolucionarios.

El hecho de que en la década de los cincuenta identificara así el asiento del poder revolucionario, ha llevado a su biógrafo a la conclusión de que solamente “los Estados, para Kissinger, eran entidades reales”, y “lo preocupaban principalmente los que ejercían autoridad real”.¹⁶ Pero Graubard ignora que en sus obras posteriores Kissinger sugería que tanto la URSS como la China son ahora sistemas mixtos, en cuanto ambas han adquirido cierto interés en el mantenimiento del orden, ambas son sensibles a los incentivos a ese respecto y ambas podrían ser inducidas, mediante presiones, a limitar su apoyo a los movimientos de liberación. Los ejemplos de Cuba, Vietnam y Laos también han ayudado a Wáshington a desprenderse de la creencia de que los movimientos revolucionarios eran meros apéndices de Moscú y Pekín.

De ahí que en sus más recientes formulaciones de la polarización fundamental en política internacional, el doctor Kissinger sitúe la expresión de la voluntad revolucionaria, es decir, de la principal amenaza para el “equilibrio” y la “estabilidad” internacionales, en los movimientos de liberación y algunos gobiernos radicales del Tercer Mundo.

Un indicio de esto, entre otros, es el cuidadoso cambio de lenguaje perceptible en los recientes escritos de Kissinger, en el cual la palabra “perspectiva” remplaza a “poder”, y “estilo” sustituye a “Estado”.

El problema más hondo del orden internacional contemporáneo —escribe Kissinger en su último libro—, posiblemente es el de que la mayoría de los debates que llegan a los titulares del día son periféricos a las divisiones básicas descritas en este ensayo. La división no es entre arreglos políticos particulares —salvo como síntomas—, sino entre dos estilos políticos y dos perspectivas filosóficas.

Prosigue explicando, y señala los contrastes:

Los dos estilos se pueden definir como el enfoque político del orden, como opuesto al revolucionario o, reduciéndolos a

¹⁶ Stephen Graubard. *op. cit.*, p. 11.

personalidades, como la distinción entre el estadista y el profeta.

El estadista maneja la realidad... Para el estadista, la gradación es la esencia de la estabilidad; representa una era de cambios graduales y construcción lenta...

En contraste con esto, al profeta le preocupa menos la manipulación que la creación de la realidad. Lo posible le interesa menos que lo justo... la metodología lo absorbe menos que la finalidad. Cree en la perfectibilidad del hombre. Su enfoque es intemporal y no depende de circunstancias...

El estilo profético estuvo en ascenso durante las grandes agitaciones de las luchas religiosas y en el periodo de la Revolución Francesa, y en los **levantamientos contemporáneos en las principales partes del mundo.**¹⁷

En los párrafos subsiguientes quedará claro que el doctor Kissinger considera este "problema más hondo del orden internacional contemporáneo" en términos del Tercer Mundo contra el Primero.

Las personas cultas pueden encontrar algo forzado ese intento de abstracción, un poco tosco, su contraste entre el Occidente científico y empírico y el Oriente prenewtoniano, y bastante vulgares sus opiniones spenglerianas sobre la amenaza del mundo no-occidental. Pero aquí el factor operativo es la realidad de la percepción de Kissinger, no la superficialidad de su intelecto. Veamos unos ejemplos:

En cuanto a la diferencia de perspectiva filosófica, es posible que refleje la divergencia de las dos líneas de pensamiento que desde el Renacimiento han distinguido al Occidente de esa parte del mundo llamada subdesarrollada (con Rusia ocupando una posición intermedia). El Occidente está profundamente comprometido con la noción de que el mundo real es **exterior** al observador, de que el conocimiento consiste en registrar y clasificar datos —cuanto más exactamente, mejor. Las culturas que escaparon al primer impacto del pensamiento newtoniano han conservado la visión esencialmente prenewtoniana de que el mundo real es casi completamente **interior** al observador.

Aunque esa actitud fue una desventaja durante siglos —debido a que impedía el desarrollo de la tecnología y los bienes de consumo de que gozaba el Occidente— ofrece una gran flexibilidad con respecto al actual tumulto revolucionario. Permite a las sociedades que no comparten nuestra modalidad cultural alterar la realidad influyendo en la pers-

¹⁷ Henry Kissinger, *American Foreign Policy*, Nueva York, 1969, pp. 47-48. (Negritas nuestras.)

pectiva del observador —proceso que nosotros en gran medida no estamos preparados para manejar o siquiera para percibir...

La realidad empírica tiene una significación muy diferente para muchos de los nuevos países que para el Occidente, porque en cierto sentido ellos nunca pasaron por el proceso de descubrirla (y también aquí Rusia ocupa una posición intermedia...).¹⁸

Es decir que los movimientos y dirigentes (“profetas”) revolucionarios de las culturas “prenewtonianas” como Vietnam o Cuba gozan de desusadas ventajas sobre el estadista del mundo occidental. Dado que el “mundo real” es para ellos “casi completamente interior”, pueden ser impermeables a la realidad “empírica” al iniciar una revolución, e inmunes a los estímulos “exteriores” (tales como bombardeos de saturación y programas intensivos de pacificación) al detenerla.

“Para los revolucionarios”, dice el doctor Kissinger, “la realidad significativa es el mundo que están luchando por crear, no el mundo que están luchando por superar”.¹⁹ Esto les permite “contrarrestar condiciones que parecerían abrumadoramente hostiles”.²⁰

De ahí surge la segunda característica perturbadora de los movimientos y dirigentes revolucionarios: a diferencia de los poderes socialistas establecidos, raramente son dóciles a los dictados de la diplomacia, y demuestran una terca indiferencia a los incentivos materiales. Dice el doctor Kissinger:

Los revolucionarios rara vez son motivados por condiciones materiales —aunque en Occidente persiste la ilusión de que sí lo son—... Si Castro o Sukarno hubieran estado interesados fundamentalmente en la economía, su talento les habría asegurado una carrera brillante en las sociedades que subvirtieron.²¹

Como la visión del doctor Kissinger está invertida, su ilusión persiste en forma distorsionada. Los “incentivos materiales” toman la forma de la violencia. Así, en el momento en que había lanzado uno de los ataques más feroces de la historia contra los indochinos, cavilaba: “Sencillamente no es posible que los norvietnamitas sean el primer pueblo en la historia inmune a toda consideración material”.²²

18 *Ibid.*, pp. 48-49. Negritas y paréntesis del original.

19 *Ibid.*, p. 39.

20 *Ibidem.*

21 *Ibid.*, p. 39.

22 **Background Briefing**, 9 de mayo de 1970, después de la invasión norteamericana a Camboya.

En tercer lugar, el doctor Kissinger percibe el movimiento de liberación del Tercer Mundo como una amenaza para el "equilibrio de poderes psicológico", que, en otra de sus cruciales distinciones analíticas, considera de importancia igual, si no mayor, que el "equilibrio de poderes físicos".²³ Esto, según él, ocurre de varias maneras intangibles; una de ellas se sugiere en el pasaje citado más arriba: el hecho de que el mundo real sea "interior" para el revolucionario no-occidental y "exterior" para los occidentales, ofrece a los primeros "gran flexibilidad" para "alterar la realidad influyendo en la perspectiva del observador —proceso que nosotros en gran medida no estamos preparados para manejar o siquiera para percibir—...".

Así es que los revolucionarios logran subvertir no sólo sus propias sociedades, sino la sociedad metropolitana de los Estados Unidos. Lamenta el doctor Kissinger:

Ya algunos movimientos de protesta han hecho héroes de los dirigentes de nuevos países represivos. El absurdo de encontrar un reclamo de libertad en protagonistas del Estado totalitario —tales como Guevara o Ho o Mao— subraya el impacto del trabajo de los nuevos países sobre las sociedades más viejas...²⁴

Del mismo modo, en las guerras revolucionarias disfrutaron de la ventaja psicológica de invertir el criterio del éxito: "...la guerrilla gana siempre que no pierde; el ejército convencional pierde siempre que no gana".²⁵

Finalmente, en la medida en que las fuerzas revolucionarias cuestionan la justicia del actual sistema de poder, acentúan el ya crítico problema de la "legitimidad". Y, como justamente ha insistido Kissinger en todos sus escritos, "sin legitimidad no hay estabilidad ni cambio ordenado posible". Antes de llegar al poder escribió algo del Tercer Mundo en ese contexto:

El problema de la legitimidad política es la clave de la estabilidad política en regiones que contienen dos tercios de la población del mundo. Un sistema interno estable en los nuevos países no producirá automáticamente el orden internacional, pero el orden internacional es imposible sin él. Todo plan de acción norteamericano debe incluir alguna idea de lo que entendemos por legitimidad política.²⁶

23 Véase, por ejemplo, *American Foreign Policy*, pp. 80, 81, 84, 85. "El mayor problema de equilibrio no es físico, sino psicológico o moral. El futuro dependerá, en último análisis, de conexiones que trascienden con mucho el equilibrio físico de poderes" (página 80).

24 *Ibid.*, p. 85.

25 *Ibid.*, p. 104.

26 *Ibid.*, p. 85.

Esta trillada verdad pudo haber valido la pena si Kissinger hubiera intentado ofrecer una concepción de la legitimidad política, cómo se adquiere y por qué se pierde. Un ejercicio de ese tipo pudiera haberle ayudado a reconocer que el asunto no es susceptible de manipulación política; que se refiere a los problemas fundamentales —de autoridad, no de administración; de consentimiento, no de obediencia; de moralidad, no de gestión— que corresponden al reino de los procesos políticos antes que al de las manipulaciones diplomáticas y/o militares.

Debido a esto, los bombardeos, los programas de pacificación y los “intervalos decentes” obtenidos por protectores poderosos no pueden otorgar legitimidad —el derecho a gobernar— a dictadores de tambor de hojalata, generales fascistas y reyes feudales. Y tampoco resultan, como sugiere Kissinger, de la mera consolidación del poder e institucionalización de los instrumentos de coerción gubernamentales.

Los estudiosos de orientación política se han mostrado típicamente mal dispuestos a enfrentarse al problema de la legitimidad. Porque, dado su compromiso con la estabilidad y su tendencia favorable al *statu quo*, es difícil para ellos reconocer la ilegitimidad de los encumbrados, y la finalidad de vínculos políticos y sociales rotos. Aún más difícil les resulta reconocer los procesos en los cuales se forjan nuevos nexos, pues ello exige una honesta indagación en el proceso revolucionario —sus causas, su impulso creativo, su justicia intrínseca y la legitimidad que puede alcanzar un movimiento revolucionario— que a un estudioso de ese tipo debe costarle su *raison d'être*. El doctor Kissinger pertenece a esa categoría de estudiosos.

Es un tributo a su vocación de funcionario académico al servicio de un Estado contrarrevolucionario el que el profesor Kissinger —que no carece de la inteligencia ni de los recursos intelectuales necesarios para la empresa— sólo plantee el problema fundamental para eludirlo. Sus obras están repletas de referencias a la legitimidad. Sin embargo, en ninguna parte de ellas hay un momento de meditación sobre lo que con justicia considera el problema central de la política. Ni siquiera cuando titula toda una sección de un ensayo “The New Nations and Political Legitimacy”.²⁷

Nos ofrece banalidades exhortatorias cuando asegura, por ejemplo, que la legitimidad implica la construcción de “un consenso moral que puede hacer a un mundo pluralista constructivo y no destructivo”;²⁸ o una variedad de definiciones demasiado amplias y sobrentendidas, como sucede con su sugerencia de que

27 Véase *American Foreign Policy*, pp. 80-85.

28 *Ibidem*.

institucionalización es igual a legitimidad; un sistema es legítimo cuando se funda en "normas legales" y "estructuras políticas".²⁹ Con mayor frecuencia, la legitimidad se identifica sencillamente con la estabilidad, y viceversa.

Como se propuso anteriormente, la tendencia a evitar el enfrentamiento de un problema reconocido como fundamental es necesaria para la búsqueda de soluciones administrativas. El efecto acumulativo de las referencias discursivas del doctor Kissinger es lógico. Si la estabilidad es la meta de la política, y las revoluciones son las principales amenazas para la estabilidad, entonces éstas deben ser contenidas, enfrentadas y destruidas. Y eso él lo sabía, requería la aceptación internacional de un "principio legitimador de la represión social".³⁰

La guerra de Vietnam arruinó el único "principio de expresión social" —la doctrina unilateral de las guerras limitadas— que el mundo había aceptado en dos décadas de intervenciones militares norteamericanas en el Tercer Mundo.

"Todas las guerras en que nos hemos metido en el Hemisfero Occidental", escribe Kissinger, "han sido guerras limitadas".³¹ Y las califica de "productivas". Nadie podría afirmar eso de Vietnam. Lo que supuestamente sería una "guerra limitada" —en términos de su impacto sobre el agresor, no de sus consecuencias para el pueblo invadido— costó más de un cuarto de millón de muertos norteamericanos y un precio estimado en 200 mil millones de dólares. La guerra "invisible" —tan visible para el pueblo sitiado— se hizo manifiesta para el mundo. La guerra "olvidada" —tan recordada por sus víctimas— se impuso a la conciencia del pueblo norteamericano. Piedra de toque de las revoluciones contemporáneas, la de Vietnam derrotó la presunción colectiva de la tecnología moderna, y puso en tela de juicio la inexpugnabilidad del poder norteamericano. Finalmente, en el crisol de Vietnam se disolvió el consenso sobre la guerra fría en los Estados Unidos.

Kissinger comprendió el significado de Vietnam como exponente de "guerra limitada" —guerra no de "conquista", como diría él, sino de "conservación". "Lo que estamos haciendo en Vietnam", dijo a los periodistas en un resumen de antecedentes, "debe ser medido en términos más amplios que el propio Vietnam".³²

Anteriormente —poco antes de pasar a ser asistente especial de Nixon— había escrito en *Foreign Affairs* (enero de 1969) que,

29 *Ibidem*.

30 La frase aparece en *A World Restored*, p. 318. La cláusula completa dice: "Cuando la unidad europea se hizo realidad, no fue por la evidencia de su necesidad, como lo había imaginado Castlereagh, sino a través de una cínica utilización del mecanismo de la conferencia para definir un principio legitimador de la represión social; no por la buena fe de Castlereagh, sino por los manejos de Metternich."

31 *Nuclear Weapons and Foreign Policy*, pp. 136-37.

32 *Background Briefing*, 26 de junio de 1970.

pese a los errores en la conducción de la guerra, "...el compromiso de 500 000 norteamericanos ha zanjado la cuestión". Ahora estaban involucrados la "confianza en las promesas de los Estados Unidos", su "credibilidad" y su "prestigio". "La retirada unilateral", escribía, "o un arreglo que aun sin quererlo equivalga a ella, podría por lo tanto llevar a la erosión de las restricciones y a una situación internacional aún más peligrosa".

La medida del compromiso de Wáshington con la continuación de una política intervencionista y contrarrevolucionaria es dada por el hecho de que durante sus primeros cuatro años en el cargo, Kissinger dedicó buena parte de su talento e infligió atroces sufrimientos al pueblo indochino, con la única finalidad de salvar a nivel psicológico y simbólico lo que los Estados Unidos ya habían perdido tanto política como militarmente.

Pero después de Vietnam, la voluntad de poder de Wáshington no era igualada por los recursos internos de los Estados Unidos, que incluían a un pueblo cansado de guerras en el extranjero y ansioso de paz interna, de una economía no demasiado fuerte y un gobierno ni unido ni saludable. El doctor Kissinger fue muy sensible a la importancia del consenso y los recursos internos en la política internacional. Al recibir un premio de la International Plattform Association (el 2 de agosto de 1973), reiteró en términos persuasivos un punto de vista que ya había expresado antes:

Ninguna política exterior —por ingeniosa que sea— tiene posibilidad de éxito si nace de la mente de unos pocos y no llega al corazón de ninguno...

Nuestra política exterior significará poco si otras naciones ven nuestras acciones como iniciativas esporádicas de un pequeño grupo, que no reflejan ningún propósito o consenso nacional coherente.

Curiosamente este elocuente discurso terminaba con un llamado de Kissinger a los norteamericanos a "recobrar el espíritu que tan bien representara Teddy Roosevelt".

Si bien Kissinger tiene la visión de un estudioso, su instinto es el de un ingeniero. Por eso actuó más bien apresurada y prematuramente, de lo esencial a lo mecánico. En la instancia que acabamos de examinar, pasó del reconocimiento de la necesidad de un "propósito nacional" a la invocación de un espíritu que representa lo peor de la democracia del garrote.

Las políticas que forjó para enfrentar las múltiples crisis del poder imperial estaban diseñadas para superar debilidades estratégicas mediante maniobras tácticas para impedir la ruptura del consenso nacional con hazañas de relaciones públicas, y evitar realidades económicas y políticas desagradables con manipulaciones. Es probable que continúe recibiendo premios durante

el resto de su mandato: éxitos espectaculares como la **détente** sino-norteamericana, o los estancamientos negociados en Vietnam y en el Medio Oriente.

El ambiente internacional era favorable a tales "logros". En un mundo de mediocridades, Kissinger es un virtuoso. (Con las posibles excepciones de Le Duc Tho, el negociador vietnamita, Michel Jobert, ministro de Relaciones Exteriores de Francia, y Chou-en-lai, ninguna otra figura de la diplomacia internacional disfruta de la combinación de inteligencia, habilidad y energía de Kissinger.)

En un equilibrio de poderes que se desplaza rápidamente, todos deben maniobrar con un ojo puesto en el futuro. Como los Estados Unidos aún gozan de los restos de su supremacía, nadie quiere irritar innecesariamente a un gigante agitado y exhausto. Del mismo modo, el pueblo —el norteamericano en particular—, cansado de guerra y violencia, sólo puede recibir con gratitud el anuncio de tratados, y aceptar estancamientos como pruebas de paz. Es probable que la leyenda del doctor Kissinger crezca en los Estados Unidos, y siga siendo transmitida por los medios de comunicación al mundo. Porque una nación cuyo anhelo de éxito sólo es igualado por su conciencia de fracasos recientes, no puede sino magnificar los solitarios logros del decano de su diplomacia.

Nuestro argumento es el opuesto: creemos que los logros en materia de política exterior de las administraciones de Nixon no sólo fueron efímeros, sino que se han obtenido al precio del futuro; que los estancamientos negociados sirvieron no de primer paso hacia la paz, sino de interregnos en los que se acumuló la violencia. Lo que Kissinger llamaba hábil "manipulación de la realidad" produjo efectivamente ilusiones de progreso, pero también negó su perspectiva última.

Nuestro análisis llega a la conclusión de que la estrategia norteamericana durante la década de los setentas, tal como fue concebida en la administración de Nixon, no era ni siquiera un plan para una "generación de paz" —y eso, literalmente, era todo lo que Kissinger y Nixon habían prometido—; más bien, representó un arriesgado esfuerzo por restaurar un agonizante mundo de supremacías, hegemonías, esferas de influencia, primados regionales, intervenciones extranjeras y carrera armamentista.

Económicamente, respondió a los intereses de las empresas transnacionales, pero no a las necesidades del público norteamericano o mundial. En cuanto a la situación interna, implicó fortalecimientos aún mayores del poder ejecutivo, una acelerada militarización de la sociedad y un mayor engaño sistemático hacia el público; es decir, la continuación de una erosión mecánica del principio de responsabilidad y de las prácticas e instituciones destinadas a asegurarlas.